
COMBATE DEL TLAHUALILO.

(9 DE MAYO DE 1912.)

Casi al mismo tiempo que la Brigada Trucy Aubert inauguraba en "Cuatro Ciénegas," las victorias de la División del Norte, la Brigada Rábago añadía a sus fastos un segundo capítulo de triunfo, alcanzando en Tlahualilo una nueva victoria sobre los enemigos de la sociedad.

El vandalismo, la barbarie ciega y destructora habían llegado al colmo de sus siniestras actividades en aquella región privilegiada y prodigiosamente rica para el hombre civilizado que sabe cultivarla, donde la naturaleza ha estado acumulando durante años y siglos los depósitos orgánicos que hacen de aquella zona una de las más fecundas de la tierra.

Porque el río Nazas renueva entre nosotros el milagro del río Nilo que fecundando al viejo Egipto fué el asombro de la antigüedad y admiró a Grecia cautivada por las revelaciones de Herodoto y atrajo a los Reyes Pastores que desdeñaron el paraíso terrenal de la Mesopotamia y llevó hasta aquellas regiones solares, cálido imperio del propio Osiris, la media luna acerada y sangrienta del Kalifa Omar!

El soberbio don del viejo Nilo, bienhechor de la humanidad, es casi un prodigio de los tiempos prehistóricos, pero el milagro del Nazas en nuestra paradógica tierra mexicana, opulenta y miserable, es un hecho visible.

El Nazas que arranca desde las hostiles escarpaduras de la Sierra Madre Occidental, los despo-

jos orgánicos, el "humus" fecundante y milagroso, que es la condición de nuestra existencia, puesto que es la esencia de la vida orgánica; ese río que se despeña de Sur a Norte y atravesando cañadas y selvas y rocas, llega como un verdadero don divino hasta las vegas que llevan su nombre, puesto que son su obra y allí abona, fecunda, fertiliza, es un verdadero cuerno de Amaltea, una prodigiosa cornucopia que vuelca con sus limos y sus acarreos, increíbles y magníficos tesoros.

El Egipto es un don del Nilo, dijo Herodoto, y la región más exhubera de nuestra Patria, el Tlahualilo y la Laguna son un don del Nazas, puede decirse parodiando al historiador de los "Siete Libros."

Y en aquella región de la Edad de Oro, en esa divina comarca agrícola y pastoral donde la voz inefable de un Virgilio debía rimar los apacibles y serenos episodios del trabajo humano, era precisamente donde el bandidaje demagógico assolaba los campos, saqueaba los graneros y profanaba los hogares. Allí era precisamente donde el anárquico bandolerismo preponderaba y allí donde el General Rábago a la cabeza de una brigada de la benemérita División del Norte, pugnó victoriosamente por los fueros ultrajados de la sociedad, de la civilización y de la humanidad.

El día 8 del mes de Mayo, pródigo en victorias, una columna de la Brigada Rábago integrada por 3 Jefes, 30 Oficiales, 746 hombres de tropa y 82 caballos y acémilas había salido a bordo de un tren militar rumbo a Zaragoza para batir a las mesnadas de bandoleros que se habían apoderado de dicho punto,

En su transcurso la columna había restaurado el servicio de las líneas telegráficas destruidas por los bandidos, cumpliendo con esa esencial misión del ejército que laboriosamente reconstruye lo que los foragidos anonadan en el esteril paroxismo de sus iras alcohólicas y sanguinarias.

Tras de haber cumplido con esa benéfica misión, á las ocho de la mañana del día 9 llegó la columna a la estación de Jalapa del ramal de Gó-

mez Palacio, donde el General Rábago recibió aviso de que dos puentes sobre la vía férrea habían sido quemados.

Y hubo de efectuarse forzosamente el desembarque de las fuerzas del 33º Batallón que con 130 hombres y dos ametralladoras a las órdenes del Coronel Jesús Mancilla procedieron a reconstruir los puentes destruidos y a resguardar el convoy, en tanto que el resto de las fuerzas del Batallón citado, cuatro piezas de artillería de montaña, dos ametralladoras y 49 hombres del 56º Cuerpo Rural emprendieron la marcha a Zaragoza a las órdenes del General Rábago.

No habían caminado cuatro kilómetros cuando tuvieron que acelerar su marcha al saber, que desde las 5 a. m., de ese mismo día, 150 hombres del 7º Regimiento y 200 de un Cuerpo irregular se encontraban en trance apurado, batiendo al enemigo en la zona del Tlahualilo.

Con tanta eficacia avanzó la columna de Rábago que a las 10.20 de la mañana emplazaba su artillería y rompía el fuego sobre los bandoleros que en número extraordinario se encontraban perfectamente cubiertos y parapetados en los sólidos edificios y en los canales de la Compañía Agrícola del Tlahualilo, obras de civilización y de progreso cuyo destino era otro muy distinto que el servir de refugio a los bandoleros que tras de ellos, se parapetaban . . .

Aunque perfectamente armados, municionados y atrincherados y muy superiores en número a las fuerzas federales, los rebeldes no pudieron resistir ni el formidable embate de la artillería y las ametralladoras del Ejército, ni el desconcertante asalto de la infantería que como al arrasante impulso del grito de ataque, del "zuzumé" japonés que rindió a Puerto Arturo, desalojó al enemigo, lo desbandó y lo puso en fuga tumultuosa y frenética hacia el Norte.

Seis horas duró el combate del Tlahualilo que iniciado a las 10 de la mañana terminó a las cuatro de la tarde, cuando en medio del pánico de sus secuaces, los oscuros cabecillas pudieron a penas para salvar sus protervas vidas, robar dos automóviles a la negociación del Tlahualilo y encontrar en

su deletérea gasolina la salvación que no supieron encontrar en la inútil pólvora de sus armas vencidas por el arrojo federal, por el ímpetu de la santa causa social que defendía el General Rábago, perfectamente identificado con el organizador de la División, el Generalísimo Victoriano Huerta.

* * *

Tras de levantar el campo se vió que más de un centenar de rebeldes yacían sobre él y se recogió un gran botín de guerra, consistente en armas, municiones, víveres y objetos robados por los vándalos....

La columna Rábago lamentó la muerte de un oficial y varios soldados de línea e irregulares y que hubieran sido hecho prisioneros los oficiales, teniente Leopoldo Huerta, Subtenientes Ezequiel Cervantes y Heladio García y catorce individuos de tropa pertenecientes todos al 7º Regimiento, quienes al tratar de cortar la retirada al enemigo fueron envueltos en el tropel que el pánico guiaba en el instante de la derrota, pues no hay que olvidar la enorme superioridad numérica que en este combate tuvieron los rebeldes sobre los federales....

BATALLA DE "CONEJOS."

(12 DE MAYO DE 1912.)

De la serie de grandes batallas que forman la trilogía épica de la División del Norte: "Conejos, Rellano, Bachimba," fué la primera de las mencionadas la que lanzó el augural destello del genio militar del organizador y Jefe Supremo de ese Ejército, cuya obra esforzada surgiendo en medio del más espantoso caos de anarquía y desorganización, encumbró sobre las astas de sus banderas no sólo los lauros del triunfo sino los fulgores cada vez más culminantes y ardientes que señalaron a un pueblo náufrago, a una sociedad agonizante, los rumbos remotos, pero certeros, del puerto salvador y de la tierra de promisión. Los combates que hemos reseñado, "Cuatro Ciénegas" y "El Tlahualilo," fueron acciones aisladas; pero que en la concepción armoniosa del sistema de operaciones ideado por el General Huerta, tuvieron con la batalla de Conejos, que vamos a reseñar ahora, una relación íntima y directa de causa a efecto.

El gran pensamiento del jefe de la División del Norte, después de consumir la gran obra creadora de la organización de sus legiones, fué sacar de esa obra que era toda suya, el mayor partido posible. En aquella "élite" de Jefes y Oficiales, flores del Jardín épico de Chapultepec, suprema aristocracia del honor militar y de la ciencia de la guerra penosamente adquirida, que el General Huerta había sabido reunir en torno suyo, avalorando con seguro